

Democracia y caos

Por: Lolo Echeverría



En 1980, después del atentado criminal en contra del presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, el Secretario de Estado Alexander Haig dijo la famosa frase “Yo estoy al mando aquí, en la Casa Blanca” añadiendo confusión en lugar de tranquilidad porque no estaba él en la línea de sucesión, sino el Presidente de la Cámara de Representantes.

Nuestra democracia pasa por momentos de confusión y debilidad de las autoridades y funciones del Estado que contribuyen al caos con sus erráticas decisiones. El gobierno, el Consejo Nacional Electoral, el Consejo de la Judicatura, la Corte

Nacional de Justicia, el Consejo de Participación Ciudadana, todos contribuyen a consolidar la sensación de que no hay nadie al mando y estamos viviendo en el caos.

El rostro del caos

Santo Tomás de Aquino definía la belleza como el esplendor del orden; lo contrario, el caos, es feo, deprimente, induce a confusión. El proceso electoral que vivimos es una expresión del caos. Candidatos sin partido y partidos sin candidatos delatan el desorden político provocado por la ruptura del nexo entre nominador y nomidado en las candidaturas; un prófugo de la justicia como protagonista en la campaña delata la ausencia de autoridad; el asesinato de uno de los candidatos mancha con sangre la política; la anulación de una parte de las elecciones se decide sin fundamento legal, los vocales del CNE, prorrogados en sus funciones y aparentemente al servicio de partidos políticos, no brindan confianza y se niegan a renunciar para salvar el proceso electoral. Todo esto es apenas parte del caos en que vivimos. No podemos olvidar que el vicepresidente del Consejo Electoral denunció en las elecciones seccionales, la manipulación de actas en su propia sede, lo que equivale a una autodenuncia o confesión de pleitos internos irremediables.

La muestra más indecorosa del caos institucional es el pleito de verduleras iniciado desde el Consejo de la Judicatura. Dos aventureros de ese Consejo deciden destituir a un magistrado de la Corte Nacional de Justicia, eso ya es aventurado, pero avanza a temeridad si se considera que el juez destituido debe juzgar a dos vocales del Consejo. La temeridad se torna procacidad cuando deciden destituirlo con una “mayoría” de dos votos; finalmente termina en absurdo porque uno de los dos participa en la decisión estando, aparentemente, en vacaciones, en el exterior y borracho.



El caos es perfecto porque se procede con torpeza, vocablo procedente del latín turpis que significa feo. Nada hay más feo que la malicia y la borrachera. Han arrasado con la imagen de una función del Estado con malicia, con torpeza y con indecencia. Dice Santo Tomás: “pulchrum addit supra bonum, ordinem”. (La belleza añade a la bondad el orden). En la decisión de Wilman Terán no hay ni bondad ni belleza ni orden.

El presidente del Consejo de la Judicatura, propuesto por la Corte Nacional de Justicia, se ha vuelto en contra de la Corte Nacional de Justicia, de la Fiscalía, del Gobierno, con actitud alevosa descalifica a todos y pone en peligro la institucionalidad y se declara el único decente convertido en víctima por su lucha contra la corrupción. Dice a sus “detractores”:

“Discútanme el fondo, que me vengan a decir en derecho que está mal practicado lo que he realizado. Se asustan cuando alguien llega con presencia y personalidad y frontalmente les dice las cosas, salen a hacer de menos, eso delata lo que son, miseria humana”.

Los estrategias electorales banalizan la política

El caso del Consejo de la Judicatura sólo es un ejemplo; todas las instituciones están en crisis porque no puede haber buenas instituciones manejadas por malas personas. Si la política ya no tolera la verdad, si no responde a los ciudadanos, ¿cómo pueden tener cabida en ella las buenas personas? Los estrategias de las campañas ya han generalizado la idea de que los electores no quieren sufrir, que no elegirán nunca al candidato que ofrezca ajustes, sacrificios o simplemente la verdad. En la era de las redes, los seguidores marchan como enjambres detrás de influencers y estrellas instantáneas, inesperadas. Ha pasado en la música, en la farándula, en el deporte; tal vez este fenómeno ha llegado recién a la política en esta elección.

Las estrategias de campaña no se agotan en el uso de instrumentos de comunicación, símbolos, imágenes y proclamas, el contenido cuenta, los mensajes que circulan por las redes sociales constituyen el programa de gobierno. Los contenidos pareciera que estorban a los estrategias, por eso en la segunda vuelta los mensajes se cambian, se explican, se matizan. Circula en los medios declaraciones de la candidata a la vicepresidencia en binomio con Daniel Noboa que resultan imposibles de negar, y peligrosas si se sostuviera en ellas, porque plantea el proyecto de reducir el tamaño del Estado y privatizar la educación, la salud y la seguridad social:

“El gobierno debe limitarse a impartir la seguridad, la justicia y obras de infraestructura pública. Esas son las funciones que por naturaleza debe tener un Estado. Tenemos que quitarle al gobierno de la parte económica, de la parte de educación, de la parte de salud, de las jubilaciones y pensiones”.



Ocurre lo mismo con el candidato a la vicepresidencia de la revolución ciudadana y sus declaraciones sobre la posibilidad de tumbar la dolarización. El mismo Rafael Correa ha señalado en Venezuela que la idea de dolarizar es una traición a la patria. ¿cómo podrá la candidata de la revolución ciudadana persuadir al electorado de que la dolarización está garantizada?

Aunque aseguren que el país ha rechazado la confrontación, seguimos las trayectorias del péndulo, del correísmo al anticorreísmo, del estatismo a la disolución del Estado. En la segunda vuelta los estrategas aconsejarán a los candidatos que presenten planes difusos, cambiantes, generalidades, para no caer en el riesgo de decir algo que los electores no quieran escuchar. La necesidad de conseguir votos aleja de la verdad el discurso político.

¿Quién está al mando? El poder legislativo no existe, los funcionarios judiciales se despedazan con acusaciones, arbitrariedades, amenazas; el poder ejecutivo es inoperante. Al más alto nivel exhiben peleas de vivarachos a quienes les importa poco el caos que siembran en una sociedad a la deriva. La única oferta válida de los candidatos y los dignatarios de las funciones del Estado debería ser la oferta de recuperar y practicar la democracia, asumir que la política tiene responsabilidades y tiene límites.

* Lolo Echeverría es periodista y analista político ecuatoriano con amplia experiencia en el quehacer periodístico y de la comunicación.